

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

16



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1975

MADERO Y SU ÉPOCA

JOSÉ P. SALDAÑA

Sociedad Nuevoleonesa de Historia,
Geografía y Estadística

PARA ENTENDER LA revolución maderista, es necesario colocarse mentalmente en la época, estudiar sus aspectos políticos, sociales y económicos; pues de otra manera fácilmente se entraría en confusiones.

Treinta años de paz porfiriana, significaron para el país tranquilidad, progreso relativo en la industria, el comercio, en los transportes —especialmente de ferrocarriles—, en educación pública, y en bienestar económico, que no llegó a rebasar los límites de una clase selecta reducida, en contraste lastimoso de las mayorías que vivían presionadas por toda clase de necesidades.

Dentro de esta situación fermentaba una ansia incontenible de libertad en lo político, emanada de la vida nacional.

Si a don Porfirio Díaz le correspondía, justamente, el título de apóstol de la paz, al mismo tiempo había conquistado con sobrada razón el título de dictador, porque a su voluntad no había fuerza alguna que se le opusiera.

La paz había sido benéfica para los grupos directores. Buenos negocios, prevendas y canongías. Pero las masas populares, económicamente débiles, así de la ciudad como del campo, no tan sólo no disfrutaban de bienestar, sino que ni siquiera podían disponer de los elementos indispensables para pasarla medianamente.

Si a esto agregamos la carencia de un clima social apropiado para una evolución que permitiera, cuando menos a la clase media elevarse, se explica el malestar de la mayoría del pueblo.

Para el año de 1909 la situación era notoriamente tensa. Principiaba a

perderse el miedo a la dictadura y se multiplicaban las organizaciones políticas de oposición, nacidas a impulsos espontáneos del pueblo.

Como sucede siempre en la gestación de los grandes problemas sociales, los funcionarios públicos y quienes disfrutaban de privilegios del medio ambiente, se mostraban indiferentes, calificando el movimiento de artificial, carente de una bandera capaz de obscurecer las glorias del porfirismo.

Frente a esa actitud de incompreensión y de cerrado egoísmo, se formó un ambiente, cada vez más agresivo, que demandaba imperativamente un cambio substancial en el orden político.

Era necesario contar con el caudillo que fusionase las aspiraciones dispersas del pueblo. Había que encauzar el entusiasmo cada vez mayor de la ciudadanía; pero al mismo tiempo precisaba encontrar al hombre que por sus antecedentes fuese capaz de enfrentarse al general Díaz.

Surgió de pronto la figura del general Bernardo Reyes. Durante más de 20 años había gobernado el Estado de Nuevo León, distinguiéndose por su dinamismo, su honradez, y su espíritu de progreso. Tenía gran ascendiente en el ejército nacional y numerosos intelectuales lo señalaban como el hombre del momento.

La propaganda a favor del general Reyes, como digno sucesor del general Díaz, cobró enorme fuerza y las adhesiones prácticamente llovieron. Sin embargo el general Reyes no definía su actitud. Circulaba insistentemente la versión de que, sus lazos de compañerismo y de amistad con el general Díaz lo colocaban en una situación difícil. O atendía los reclamos del pueblo o seguía fiel al presidente, triunfando en él los sentimientos de amistad y de subordinación. Terminó prácticamente el reyismo al salir del país el general Reyes en misión especial que debería cumplir en Europa.

La personalidad de don Francisco I. Madero, en segundo término después de la del general Reyes, eliminado éste de la contienda, cobró rápida popularidad. Se dio a conocer nacionalmente con su libro *La sucesión presidencial*, y después con sus actuaciones personales al recorrer el país.

Tuvo Madero la habilidad de hacer llegar su libro a manos de aquellas personas, que a través del territorio nacional, se habían significado en las filas de la oposición. Así fue como logró que se le tomara en cuenta para una empresa de tan alta categoría.

La misión que se había echado a costas Madero contrastaba con su modesta figura. Pequeño de cuerpo, de cara redonda, frente despejada y cabeza grande.

Cuando reía cerraba los ojos. Dejaba de ver a su alrededor, de la misma manera que su espíritu no veía con claridad lo que había de real en el mundo que lo rodeaba. La barba, terminada en punta alargaba su cara, dándole un sello artificial de seriedad a su semblante de continuo sonriente.

Vestía como cualquier burgués de medianos recursos. No existía en su atuendo adorno alguno. Sus maneras eran sencillas, amable por temperamento y siempre inclinado al bien.

Practicaba el espiritismo como medio de purificación del alma y afinación de los sentimientos, pensando que en las sucesivas reencarnaciones contaba mucho la limpieza de vida espiritual que se llevara.

En sus ideas políticas constituía una obsesión el sufragio efectivo, como medio indispensable para la práctica de la democracia. Verdad a la que le rendía homenaje sincero.

Corto era de estatura como entendimiento en aquello que comprendiera conocimiento de la humanidad. Medía a todos con la misma vara, considerando que la maldad era invención de los envidiosos, y no cáncer que corroe a la sociedad. Jamás cedió en estos pormenores que tanto significaron en su vida.

Cuando la estatura espiritual de un hombre se eleva sobre el nivel en que actúa, corre el riesgo de no ser comprendido.

Cristo fue sacrificado porque se enfrentó a los errores de un pueblo inclinado a toda clase de abyecciones. Se le juzgó loco: su palabra barría con las costumbres concupiscentes y con todo cuanto significaba culto al placer, y menospreciaba la moral, fue vejado y escarnecido porque exaltó las virtudes del espíritu sobre las corrupciones de la materia.

De la misma manera Madero, espíritu selecto, rompió con los formulismos de una sociedad hipócrita, sustentadora de una falsa doctrina política, y fue también sacrificado.

En el pequeño; pero hermoso pueblo de Parras de la Fuente, Coahuila, nació Madero, descendiente de antigua familia radicada en ese lugar, que a

base de trabajo había logrado formar importante fortuna en los medios agrícolas y comerciales.

Su bisabuelo, don José Francisco Madero fue diputado constituyente del Congreso de Coahuila y Texas, y su abuelo don Evaristo gobernó Coahuila con marcados signos de progreso.

A pesar de estas situaciones políticas, la familia Madero, de amplias ramazones, no propendía a la política, dedicándose por entero a sus ocupaciones particulares.

El padre de don Francisco I. Madero fue don Francisco, hijo de don Evaristo. Enviado el joven Francisco I. a los Estados Unidos en donde cursó la carrera comercial, pasó después a continuar sus estudios a Francia, para volver nuevamente a los Estados Unidos, hasta cumplir 20 de edad.

Principian sus actividades en las labores del campo, introduciendo mejoras que le sugirieron sus viajes y estudios. Dedicaba mucho tiempo al estudio de la teosofía, relacionándose con personajes del país, y especialmente de Francia, imbuidos en esta materia. Su carácter tornóse inquieto al asomarse a la situación política y social del país, iniciándose en la política activa con cierta timidez, hasta que, ya imbuido de la idea de su misión extraordinaria, rompió los moldes provincianos para lanzarse a la lucha nacional.

EL POLÍTICO

Sañador por temperamento Madero ponía en todos sus actos políticos la mayor buena fe, sin importarle los recursos de los enemigos, pensando que debía proceder frente a ellos con toda limpieza. Se trataba de encauzar al país por el sendero de la democracia y dentro de sus normas debía actuarse.

En preparación de la gran convención antirreeleccionista, que tendría lugar en la ciudad de México durante el mes de abril de 1910, y resuelto a lanzar su candidatura a la presidencia de la república, en unión de un reducido grupo de correligionarios, se propuso recorrer el país.

Para el gobierno porfirista aquello carecía de importancia. Nadie tomaba en serio a Panchito, como despectivamente se le llamaba, ni aun sus más cercanos familiares. Corría la versión oficial en el sentido de que el papá del candidato se oponía, con abundantes razones, a su descabellada empresa. Y se argumentaba en abono de esa ponderada actitud que el solo hecho de enfrentarse al general Díaz era ya un digno desequilibrio mental.

Pero Madero no cejaba en su empeño. Como antecedentes políticos contaba Madero en su abono, el haber desempeñado, por elección popular, la presidencia municipal de San Pedro de las Colonias, y la publicación de su libro *La sucesión presidencial* que despertó inquietudes y dio lugar a numerosos comentarios.

Su correspondencia con los más destacados políticos mexicanos, desafectos al régimen, y sus continuas declaraciones a la prensa nacional, en contra de los sistemas políticos imperantes, le habían permitido darse a conocer. Su nombre era conocido en todo el país, no obstante, o a pesar de que la prensa se ocupaba con timidez y reservas de cuanto con él se relacionaba.

Su primera gira política, que abarcó la visita a las principales poblaciones del país, fue vista con indiferencia por los funcionarios del gobierno, engréidos con la idea de que se trataba de una persona sin importancia. La mejor forma de combatirlo, decían, es ignorarlo.

El pueblo pensaba de muy distinta manera. Fue acercándose a Madero a medida que lo conocían. Impresionaba su manera sencilla de hablar en público. No usaba de formas elegantes ni de expresiones fanfarronas, aun cuando llamaba a las cosas por su nombre propio. Hacía gala de valor civil al exponer sus puntos de vista desnudos de toda retórica.

Repetía en cada mitin que era necesario un cambio radical en los hombres que gobernaban, principiando por el general Díaz, enquistado en el poder por obra de los intereses creados; pero no por la voluntad del pueblo, que a toda costa deseaba libertad para designar a sus gobernantes. Que el país no podía prosperar en tanto los sistemas no cambiaran, ya que los monopolios ahogaban la iniciativa privada y todo se reducía al enriquecimiento de los miembros del llamado Partido Científico. Por las mismas causas el atraso del pueblo era enorme, fincado en el 70 por ciento de analfabetas. La libertad existía únicamente de nombre, siendo los jefes políticos los dueños de vidas y haciendas.

Acompañan a Madero en estas giras el licenciado Roque Estrada, y el ingeniero Félix F. Palavicini, de preferencia, y en cada lugar participaban en los mitines los más entusiastas y preparados correligionarios.

Al iniciarse el año de 1910, a pesar de la soberbia del Gobierno, y no obstante la indiferencia anunciada para combatir a Madero, principió el ambiente oficial a tomarlo en cuenta, ¡y en qué forma!

Las reuniones maderistas, que en un principio se concretaban a conjuntos sin importancia, por el número, fueron creciendo hasta sumar miles de per-

sonas. Para los funcionarios públicos ya Madero principiaba a contar, ya tenía una significación notoria entre el pueblo, ya su nombre se escuchaba con marcadas muestras de admiración y de respeto. Se imponía cambiar de táctica.

Principiaron entonces las persecuciones. De todas las maneras imaginables se estorbaban las reuniones políticas de sello maderista. Con cualquier pretexto se apresaba a los ciudadanos que más se distinguían en la campaña electoral. Había la consigna de carácter nacional de aniquilar, cualquiera que fuesen los medios, todo movimiento de origen maderista.

El cambio de táctica resultó contraproducente. El pueblo se dio cuenta de que el candidato de la oposición valía, puesto que se le perseguía con verdadera saña. Existía en el medio oficial temor, que bien podía calificarse de miedo, y eso daba a la oposición mayor ímpetu.

EL PARTIDO CIENTÍFICO

El general Porfirio Díaz conquistó la presidencia de la república con la bandera de la No-reelección. Se enfrentó primero a don Benito Juárez, y después a don Sebastián Lerdo de Tejada. En el primer caso la muerte del Benemérito acabó con la bandera, en el segundo caso lo llevó al poder.

Sin embargo de ese significativo hecho, las primeras reelecciones del general Díaz, contrarias a su programa de rebelde, fueron recibidas por el pueblo con beneplácito; pues logró conquistar el cariño y la confianza de todas las capas sociales. Morigerado en su vida era un incansable trabajador que dedicaba su tiempo a mejorar las condiciones del país en todos los órdenes.

A medida que el tiempo transcurría la situación iba cambiando, en la misma proporción en que otras personalidades intervenían en la cosa pública. Fue cediendo lugar y facultades a quienes, llamándose del círculo de sus amigos, ocupaban los más importantes puestos. De aquí surgió el llamado Partido Científico.

A través del territorio nacional se formó una casta voraz que todo lo acaparaba. Los puestos públicos, lo mismo los de elección popular que los administrativos, permanecían en las mismas manos por décadas. A capricho se gobernaba y la justicia no se conocía.

Las elecciones de carácter federal y las locales obedecían a un mismo mandato. El Partido Científico formaba las planillas lo mismo se tratase de

Yucatán que de Sonora. Gobernadores, diputados, ayuntamientos, jueces, magistrados, todos, absolutamente todos, necesitaban del visto bueno del centro, sin cuyo requisito no era posible ocupar puesto alguno. Por supuesto que las elecciones, que debían ser populares, se efectuaban sin que el pueblo se diera cuenta.

En el mundo de los negocios se operaba un fenómeno semejante. Garantías para los allegados, que significaba exención de impuestos, facilidades para operar con créditos, concesiones de todas clases. Por contra a quienes se significaban por su alejamiento del gobierno, o simplemente no actuaban dentro de los clanes, se les presentaban dificultades que en muchos casos significan extorsiones.

Los funcionarios públicos correspondían a la gracia recibida con la más absoluta obediencia al Partido Científico. En el Congreso de la Unión, como en las legislaturas locales, no había discusiones ni iniciativas. Todo se les mandaba hecho para ser aprobado sin enmiendas por unanimidad de votos. La obediencia ciega significaba la posibilidad de perpetuarse en los puestos.

Como medio de comunicación con el pueblo el Partido Científico se valía de la prensa. Diarios y revistas recibían jugosos subsidios a cambio de cantar loas a la dictadura. El órgano de mayor significación fue *El Imparcial*, diario de magnífica presentación, de nutrida e interesante lectura, de servicio internacional de primera clase, y cuyo precio de dos centavos el ejemplar, permitía una enorme circulación.

Los periódicos de la oposición vivían precariamente. Apenas si se sostenían los semanarios con muchas dificultades, unas provenientes de los escasos recursos de que se disponía, y las más importantes todavía, de las persecuciones constantes de las autoridades.

A pesar de todo, tanto en la capital de la república, como en las principales poblaciones del país, se imprimían periódicos combativos. Unos eran clausurados por falta de fondos y otros por atropellos de las autoridades; pero venían otros a llenar los huecos.

La gente buscaba con interés la prensa independiente. Durante los últimos quince años del porfirismo sembraron ideas de libertad entre otros órganos: *El hijo del Ahuizote*; *El diario del hogar*; *México Nuevo*; *La América Latina*, de Monterrey, así como *Regeneración*; *El paladín*; *el país*, *El democrata*; y *El constitucional*.

Puede asegurarse, sin temor a exagerar, que todos los directores de estos periódicos y muchos de sus redactores pasaron largas temporadas en las cár-

celes, como castigo a su valor ciudadano. Pero sus prédicas sirvieron para despertar el interés por la vida pública de la nación.

Dentro de este panorama actuaban los amigos de don Porfirio, considerando que el país le era deudor por la magnífica organización que le habían dado para el progreso y bienestar de todos los mexicanos.

No podían entender en la necesidad de un cambio. Para ellos Madero y quienes lo seguían eran unos ilusos que luchaban contra un poder intocable. La fuerza del gobierno les parecía de tal manera extraordinaria que el solo pensamiento de combatirla era síntoma inequívoco de locura.

Sin embargo, ya para cuando se acercaban las elecciones en las que participaría el general Díaz y Madero, algunas dudas embargaban las mentes sanas, llenas de entusiasmo, de los señores científicos; pues redoblaron sus esfuerzos por apuntalar un régimen carcomido, cuya ruina no advertían; pero sembraba algunas inquietudes.

El círculo de amigos del general Díaz, en vísperas de lo que sería la última reelección del general Díaz, organizaron un monumental banquete. Tenían el propósito de deslumbrar al país con el derroche de simpatías de que sería objeto el gran gobernante. Se reunirían las más altas personalidades de la política oficial, de la banca, el comercio, la industria y las profesiones. Sería un acto de la más alta elocuencia para significar al general Díaz el agradecimiento del pueblo mexicano, representado con toda dignidad por sus amigos.

Se formó una lista de 1,200 personas de la mayor significación, en donde se mezclaban los ilustres apellidos de aquel tiempo. A cada una de ellas se le hizo llegar una invitación que decía: "Tenemos la honra de invitar a usted al banquete que el día 3 del próximo julio, a las ocho de la noche, en el antiguo edificio de la Compañía Cigarrera Mexicana, ofrecerá al señor Presidente de la República un grupo de sus amigos personales y políticos, como un homenaje al gran estadista a quien la Patria debe su prosperidad y engrandecimiento. México, junio de 1910".

Quienes recibieron la invitación sintieron el gran honor de ser considerados amigos del general Díaz y, por supuesto, estuvieron puntualmente en el banquete. Honor aquél que meses después tenía un significado muy distinto.

Al día siguiente las crónicas de los periódicos se deshicieron en elogios y repitieron la elocuencia de los discursos cambiados entre invitantes e invitado.

El ofrecimiento del banquete lo hizo el señor don Fernando Pimentel y Fagoaga, presidente Municipal de la ciudad de México. El discurso fue largo

si se considera el suceso; pero oportuno para el sentir del círculo de amigos del general Díaz". Principió expresando: "Esta fiesta es, sin duda, de un carácter, y sobre todo, de una resonancia política, no hay para qué negarlo; y, en verdad, nuestro pensamiento ha sido de manifiesto en estas circunstancias, ante nuestros ciudadanos nuestra conformidad cabal y consciente, al programa político que venía cumpliendo, que en él halló, por fin, el país, la fórmula de su prosperidad y engrandecimiento."

Pasando por alto la abigarrada y tortuosa prosa del "científico" señor Pimentel y Fagoaga, se advierte claramente el propósito de envolver a la nación en un entusiasmo que estaba muy lejos de sentir. Estrujando los conceptos, pero precisando los objetivos el orador, en tono solemne, exclamó: "Sois, señor, todavía la fuerza política, y, sin duda, la más preponderante en el pueblo mexicano; y vuestra continuación en el Gobierno conjurará los peligros que pudieran amenazarlo, porque acallará las ambiciones personales y disipará para el bien común los elementos de acción más disímolos: sois en una palabra, el gran centro de atracción de todo lo útil y de todo lo bueno para el progreso de la Patria. Por todo esto os aclama el pueblo su candidato a la Presidencia de la República."

Lejos estaba el palaciego señor Pimentel de la verdad. El pueblo repudiaba la reelección nueva del general Díaz, con el mismo empeño con que veinte años antes la aplaudía porque la deseaba.

El general Díaz contestó el discurso, con relativa brevedad, siendo escuchado con la más solemne atención. Como todos los dictadores había perdido la noción del tiempo y el concepto del gobernante que, como humano, comete errores y su repetición cansa. Se creyó, más que necesario, indispensable, escuchando continuamente a sus "amigos", a éstos que lo agasajaban en aquellos momentos, y se olvidó de la idiosincrasia del pueblo, voluble, por su misma condición de sufrimiento, que lo hace pensar en un cambio.

Lógicas eran sus palabras al decir: "A mis años, y al terminar este período presidencial, me complace en extremo recibir de mis compatriotas la aprobación de mi conducta, porque ellos tienen perfecto derecho para juzgarla, y con su fallo favorable puedo retirarme a la vida privada; pero si, por circunstancias especiales el pueblo reclama una vez más mis servicios, los prestaré, consagrando a la Patria el resto de mis energías."

La lisonja continua, la exaltación de sus virtudes de guerrero y estadista, la vanidad común a todo hombre, mayor cuanto más alto se encuentra el individuo, había hecho creer al general Díaz, de buena fe seguramente, que necesitaba México de su presencia en el poder hasta la muerte.

Como complemento a su exposición de gratitud y deseos de seguir dando su nombre y prestigio a la administración pública, por si alguien suponía que se encontraba en decadencia, el león dormido enseñaba las garras, ya sin filo, sin fuerza. "Pero —decía—, si contra estas previsiones, ocurre alguna perturbación del orden público como puede acontecer en cualquier país civilizado, tiene el Gobierno los elementos necesarios para combatirla en el acto, como lo ha demostrado en el caso reciente de Valladolid."

Las aclamaciones, los vivas, el más desbordante entusiasmo acalló las últimas palabras del gran estadista, rubricándose así suntuosamente, en ausencia y sin la sanción del pueblo, la nueva elección de don Porfirio.

LA CONVENCION ANTIRREELECCIONISTA

Preparando el ambiente nacional, puesta de pie la ciudadanía, era necesario seguir el procedimiento democrático para la designación de candidatos a la presidencia y vicepresidencia de la república.

Había logrado Madero en sus correrías, llenas de incidentes penosos y de palpables peligros, encender el entusiasmo del pueblo y más aún desterrar la apatía y el miedo. Si él, siendo quien era, señor de hacienda y de ilustración, dejaba las comodidades y se exponía a las represalias de la dictadura, el pueblo sufrido, que de todo carecía, no tenía otra cosa que perder que una vida miserable.

Pero no era solamente el pueblo humilde, desheredado, el que seguía con fe a Madero, también lo seguían los hombres de la clase media: burgueses, profesionales, profesores de escuelas primarias, pequeños propietarios agrícolas, y cuantos sentían el espíritu sumergido en tinieblas y deseaban encontrar la luz de la libertad. El contagio maderista se había extendido sin límites, dentro de una noble aspiración carente de rencor; pero decidida a conquistar los principios democráticos.

A la convocatoria del Partido Nacional Antirreeleccionista respondió una nutrida delegación de cada población de la república. Los mismos organizadores se asombraron de la enorme concurrencia que llenó el Tíbole del Eliseo, situado en el corazón de la capital.

Sin prisas, a pesar de la situación tensa que prevalecía, se corrieron todos los trámites de rigor, llevándose escrupuloso registro de los delegados y celebrándose las asambleas dentro de un ambiente de absoluta libertad y con visible entusiasmo.

Esos memorables días, del 15 al 26 de abril de 1910, fueron una exposición objetiva de ideales, una fiesta de la democracia, llena de emoción para quienes, con Madero, soñaban en una patria redimida, capaz de sustentar por igual a todos sus habitantes, y abrir las puertas de las oportunidades a toda ambición noble. Para los científicos aquello significaba una incalificable osadía, una locura, que merecía un ejemplar escarmiento.

Con las alternativas propias de esta clase de asambleas, máxime cuando se carece de antecedentes, los trabajos se llevaron a cabo hasta el final, resultando electos a la presidencia y vicepresidencia de la república, don Franciasco I. Madero y el doctor Francisco Vázquez Gómez.

No quedó el espectacular acontecimiento en simples manifestaciones de regocijo. La directiva del Partido Antirreeleccionista, pasado el acto solemne de la protesta de los candidatos, procedió a organizar los trabajos preparatorios de las elecciones que deberían verificarse el primer domingo de julio.

Se intensificó la propaganda tratando de mantener vivo el entusiasmo despertado por la convención, cuya resonancia había llegado a todos los rincones del país.

Madero, ya en su carácter de candidato a la presidencia de la república solicitó una entrevista con el general Díaz, candidato a la reelección. Contra lo que en general se opinaba la entrevista se llevó a cabo. Los científicos intentaron dar una demostración democrática al sugerir al general Díaz que recibiera al pobre candidato de la oposición.

Con fingida seriedad el general Díaz habló con Madero. Por cuanto le habían dicho de él no lo consideraba digno de disputarle el poder. Le parecía una especie de broma, a la que debía ponerle buena cara, de la que saldría muy mal parado su oponente.

No vio así las cosas Madero. Para él se trataba de los sagrados intereses de la patria. Se presentaba ante el caudillo de la Intervención Francesa, respetado y respetable, y ante el estadista que había hecho mucho por México, y que, viejo ya, sin las suficientes energías para gobernar por propia cuenta, debía retirarse antes de que el pueblo lo echara.

Expresó Madero, con su habitual franqueza, que su deseo era entablar una lucha en el plan democrático, con el compromiso de ambas partes de respetar el resultado de las elecciones cualquiera que fuese. Su propósito fundamental radicaba en mantener inalterable la paz, para cuyo fin demandaba plenas garantías.

Para el general Díaz, acostumbrado a la obediencia, a las palabras de admiración, a su indiscutible supremacía, no podía creer que tuviese ante sí, a un hombre, para él, sin mérito alguno, que le hablase de poder a poder. Tuvo que hacer esfuerzos sobrehumanos para contenerse y no arrojar a empujones al atrevido que así le hablaba. Con brusco ademán, aun cuando hablando del respeto a la soberanía del pueblo, dio el general Díaz por terminada la entrevista.

La prensa se ocupó con profusión de este acontecimiento, analizándose bajo diversos aspectos. Para la prensa venal, la que estaba al servicio de la dictadura, Madero se había exhibido como un candidato a lo "Zúñiga y Miranda" loco de remate. Había hecho el ridículo ante la egregia figura del general Díaz.

En cambio la prensa independiente destacó la actuación de Madero en orden a la altura de miras de su exposición, y sobre todo se dio importancia especial al hecho, al simple hecho, de haber sido recibido nada menos que por el presidente de la república y candidato también. No se trataba entonces de un contrincante sin importancia, no era ya Madero el "chiflado". Se le tomaba en cuenta.

CONTINÚAN LAS GIRAS

Con renovado ímpetu continuaron las giras de propaganda. En todas partes era recibido Madero con entusiasmo; pero al mismo tiempo iban de aumento las dificultades que le presentaban las autoridades. Lo menos que encontraba era la negativa de los hoteleros para darle albergue, como sucedió en Guadalajara y en Hermosillo.

Tales obstáculos constituían alicientes para continuar adelante. No cabía duda que Madero había logrado conquistar la opinión pública. Los indiferentes habían acabado por tomar partido; los en un tiempo activos reyistas, en su mayoría, se adhirieron al movimiento maderista; y los enemigos de la causa, por compromisos políticos o por intereses creados, se aliaron estrechamente para contrarrestar, a toda costa, el auge maderista que invadía rápidamente todas las voluntades.

Llegó Madero a Monterrey a principios de junio. Tuvo un recibimiento caluroso, revelador de la confianza que había despertado, en contraste notorio a la frialdad con que se recibió la proclamación de la candidatura del general Díaz. No cabía duda alguna sobre a qué lado se cargaba el pueblo.

La consigna de la aprehensión de Madero estaba en pie. Pretextos no faltarían para ello, y se encontró en la orden de aprehensión dictada en contra del licenciado Roque Estrada, acusado de insultos a las autoridades, la que no se logró, según las mismas autoridades, por la intervención directa de Madero.

No era, por supuesto, la detención del licenciado Estrada la que interesaba, sino la de Madero, así que, llenándose formulismos leguleyos fue detenido formándosele proceso por imaginarios delitos. Lo que a las autoridades interesaba era imposibilitarlo físicamente para que continuara su campaña, y no pudiera actuar durante las elecciones ya muy próximas.

La trama comprendía diversos episodios. A su debida oportunidad se recibió exhorto de las autoridades judiciales de San Luis Potosí reclamando a Madero para seguirle proceso en causa que se le había abierto por una serie de delitos de burda invención.

Al requerimiento se contestó de conformidad, y sin prisas para ganar tiempo; pero con satisfacción por quitarse de encima una situación tan comprometida como ridícula, fue enviado Madero a San Luis Potosí.

Continuó allí la mascarada. Quedó Madero imposibilitado de actuar en los más interesantes momentos de las elecciones, que al fin tuvieron lugar mediante un simulacro indecoroso, que dio como resultado el triunfo del general Díaz.

Consideraron las autoridades cumplida su misión otorgando la libertad cautiva de Madero, sin poderse ausentar de San Luis Potosí.

Entre tanto el Partido Antirreeleccionista había solicitado la nulidad de las elecciones aportando pruebas abundantes sobre las irregularidades cometidas; pero el recurso fue desechado, confirmándose oficialmente la reelección del general Díaz.

Agotados los recursos legales y burlando el pueblo en sus aspiraciones democráticas, no quedaba otro camino que el de la revolución. Y resueltamente se hicieron los preparativos que la grave situación demandaba.

Pudo Madero burlar la estrecha vigilancia a que estaba sometido logrando llegar a la frontera; para internarse en los Estados Unidos. Mediaba el mes de julio.

Allá dio los últimos toques al plan revolucionario que bautizó con el título de Plan de San Luis, por medio del cual se convocaba al pueblo a levantarse en armas, citándose para iniciar el movimiento el 20 de noviembre de 1910.

Ese día se dispararon los primeros proyectiles. Los hermanos Serdán habían reunido en su casa habitación a varios correligionarios, con el propósito de salir al campo en plan revolucionario. Alguien los delató, pues los soldados, con las armas preparadas, se colocaron frente al edificio intimando la rendición. Cortante fue la contestación por medio de los fusiles. Durante varias horas las detonaciones sacudieron la somnolencia de la ciudad. Era la primera llamada de atención a la dictadura, que serviría de muestra patética de la revolución. Terminado el parque de los sitiados cesó el fuego. Varios heridos y muertos, entre ellos Aquiles Serdán, hacían la ofrenda de su sangre y valentía en holocausto a una causa noble.

Al mismo tiempo, cumpliendo con lo prometido, se internaba Madero a Coahuila por Guerrero. Al no encontrar en la región los contingentes de hombres armados que se le habían ofrecido se regresó a San Antonio.

Como oportunamente había enviado a Chihuahua numerosos cargamentos de armas y parque, y el movimiento rebelde crecía decidió pasar a ese Estado.

Su presencia en el terreno de los hechos sirvió de gran estímulo a los revolucionarios.

La lista de los jefes revolucionarios aumentaba constantemente: Pascual Orozco, padre e hijos, Abraham González, Emilio Campa, Marcelo Caraveo, José de la Luz Blanco, Guillermo Baca, Perfecto Lomelí, Praxedes Guerrero, Abraham Oros, José de la Cruz Sánchez... que continuaron con mayor vigor las operaciones. Durante enero, febrero, y marzo de 1911, se logró conquistar casi todo el estado, al grado de quedar la capital completamente incomunicada, y C. Juárez, asediada por fuertes contingentes. Constituyendo una posición estratégica de primera categoría, era urgente apoderarse de ella, pues se facilitaría la introducción de armas y parque, además de la resonancia que motivaría a favor de la revolución. Así que, reuniendo importantes tropas las puso a las órdenes de Orozco, hijo.

Entre tanto los progresos en el resto del país eran notables. Numerosas poblaciones estaban en poder de los revolucionarios, entre ellas algunas de capital importancia, como Mazatlán, de Sinaloa; Pachuca, Mapimí y Nazas, de Durango; Papantla, de Veracruz; C. Valles y Villa Guerrero, de San Luis Potosí; Torreón, de Coahuila.

No podía ocultar el gobierno la gravedad de la situación. De nada servían las noticias capciosas de la prensa oficiosa. La actividad de los revolucionarios era cada vez más intensa, en tanto que las fuerzas federales, además de perder combates y poblaciones, perdían la moral. De poco servía a jefes, técnica-

mente preparados, tener a sus órdenes a soldados incorporados por la fuerza, cuya moral contrastaba con la de los revolucionarios, que voluntariamente habían abrazado la causa maderista. En éstos había un ideal que perseguir, en aquéllos, el cumplimiento de la disciplina militar.

Los científicos, que habían nulificado la popularidad del general Díaz con sus actos antidemocráticos y absorbentes, pusieron en acción todos sus recursos para evitar el cataclismo, o cuando menos para aminorar sus consecuencias. No se resignaban a perder los privilegios de que disfrutaban.

Siguiendo esta línea de conducta se dispuso la renovación casi total del gabinete porfirista. Coincidió el extremo ajuste con la llegada a México de don José Ives Limantour, que se encontraba en París en comisión oficial.

A su paso por Washington conferenció largamente con el embajador de México en los Estados Unidos, licenciado Francisco L. de la Barra, quien lo puso en antecedentes de lo que ocurría en México. Posiblemente de esta entrevista surgió la idea de cambiar a los hombres de más alta jerarquía en el engranaje oficial, considerando halagar a la opinión pública y quebrantar el espíritu de oposición del pueblo. Se hizo renunciar en consecuencia a los ministros: Enrique C. Creel, de Relaciones; Ramón Corral, de Gobernación; Olegario Molina, de Fomento; licenciado Justo Sierra, de Instrucción Pública; general Manuel González Cossío, de Guerra; Leandro Fernández, de Comunicaciones; y licenciado Justino Fernández, de Justicia.

Las vacantes fueron cubiertas por las siguientes personas: licenciado Francisco León de la Barra; licenciado Demetrio Sodi; licenciado Jorge Vera Estañol; ingeniero Manuel Marroquín Rivera, e ingeniero Norberto Domínguez.

Aun cuando la mayoría de los nuevos ministros eran personas de prestigio, como hombres bien preparados, patriotas y honorables, para los revolucionarios carecían de importancia tales cambios, puesto que se luchaba por una completa transformación en los sistemas de vida pública. Así lo hizo del dominio nacional el jefe de la revolución don Francisco I. Madero.

Ante el fracaso de esta extrema medida, siguió la solicitud de permiso de don Ramón Corral para separarse del puesto de vicepresidente por el término de ocho meses, que el Congreso le concedió. Tratando todavía de ganarse la buena voluntad del pueblo se aprobó una ley prohibiendo la reelección, y otra decretando la libertad de imprenta.

Tarde se trataba de corregir errores que habían engendrado la revolución. En esta forma el mismo gobierno la estaba justificando.

Como medida desesperada el gobierno sugirió a la familia Madero interpusiera su influencia para convencer al caudillo de la Revolución de la inutilidad de destrozarse al país, puesto que había el propósito de concederle posiciones clave en el gobierno.

Con este objeto se trasladó don Ernesto Madero y otros familiares a entrevistar al caudillo, lo que hicieron en el rancho de Bustillos, situado al noroeste de la ciudad de Chihuahua. Nada se logró; pues Madero insistió en llegar hasta el final.

Todos estos acontecimientos alentaban a los revolucionarios, que contribuían al triunfo con actividades arrolladoras por todas partes. No había día en que no se hablara de la toma de una nueva población.

Los frentes de combate se multiplicaban haciendo imposible la defensa, no digamos el ataque, de las fuerzas federales. Y a medida que crecía la revolución amenguaba la entereza de científicos y funcionarios públicos.

Siguieron en su empeño de obtener algunas ventajas de la crítica situación. Del fracaso de la familia Madero, surgió la idea de intentar un arreglo por medio de delegados oficiales.

Grandes sucesos tuvieron lugar durante el mes de abril. Para Madero el centro revolucionario debía radicar en Chihuahua, cuya extensión territorial y características propias del terreno, le permitirían operar con seguridades de éxito, y no se equivocó. Fue Chihuahua, hasta el momento del triunfo de la revolución el campo de operaciones de mayor categoría, sin que esto significara que carecieran de importancia las actividades revolucionarias de otros lugares.

Para principios de abril la insurrección en Durango había adquirido una fuerza insospechada; Martín Triana se había apoderado del Ferrocarril Internacional, incomunicando a la capital del estado. Sostuvo con éxito combates en Velardeña, Marqueseña, Avino e Iturbide, logrando capturar valioso armamento, que le permitió aumentar sus fuerzas.

En Guerrero y Morelos se hizo sentir la acometividad del revolucionario Ambrosio Figueroa y sus hermanos, hombres de grandes recursos como guerrilleros, quienes lograron en breve plazo multiplicar las guerrillas, de tal manera que imposibilitaba a los federales toda operación fructífera. Hostilizaban a los destacamentos en todas partes, presentando combate cuando las circunstancias favorecían.

Continuamente atacaban los trenes que custodiaban grupos de federales, proveyéndose de toda clase de elementos.

Por esa época Emiliano Zapata constituía un latente peligro. Tenía a sus órdenes alrededor de cuatro mil hombres, que juntos a veces y en gavillas en otras ocasiones, siempre tenían en jaque a los federales.

Tomaban plazas, que luego abandonaban logrando sus propósitos, para volver de nueva cuenta a recuperarlas. Así sucedió en Acatlán, Tlacotepec, Tacamachalco, Chiautla y Tepeojuma. No siempre la buena fortuna acompañó a los insurrectos; pues en repetidas ocasiones sufrían reveses; pero surtían el efecto contrario a lo que creían los gobiernistas, pues enardecían sus ánimos, y con más empeño continuaban la lucha.

Ese mes de abril fue de grandes proezas para los revolucionarios. A través del territorio nacional, se tremolaba la bandera de la insurrección, ya con caracteres respetables. Más de cuarenta mil hombres bien armados peleaban al grito de viva Madero.

La importante ciudad de Tehuacán se hallaba prácticamente sitiada, como Cuautla y Acapulco en el sur. Otro tanto sucedía en el norte con Durango, Ciudad Lerdo, Torreón, San Pedro de las Colonias, Matamoros, Ojinaga, Ciudad Juárez, Casas Grandes, Agua Prieta, Nacozari. Ya no se trataba de pequeñas poblaciones, dado que los revolucionarios podían disponer en cada caso de varios miles de soldados.

En el Pacífico para fines de abril habían sido tomadas nuevas poblaciones, y se encontraban asediadas vigorosamente Culiacán y Mazatlán, las más importantes ciudades de Sinaloa, Tepic ofrecía semejante panorama, en relación íntima con los revolucionarios de Jalisco, que hacían sentir su presencia por todas partes.

Se iniciaba el mes de mayo, culminación de la Revolución, con los más sonados triunfos: conquistas de Torreón, Mazatlán y Pachuca, además de numerosas poblaciones que definitivamente estaban en poder de los insurrectos. Casi en todos los estados dominaban los revolucionarios sometiendo a la impotencia a las fuerzas federales.

El apoteosis tuvo lugar con la toma de Ciudad Juárez, población que, por su situación estratégica, dio a la Revolución ante la opinión pública, el testimonio inequívoco de su triunfo.

Y precisamente, a unos cuantos kilómetros de distancia, a orillas del Río Bravo, tenían lugar las conferencias de paz, a iniciativa del gobierno federal.

Representaban al general Díaz los señores Oscar Braniff y licenciado Esquivel Obregón, a quienes se agregó posteriormente el licenciado Francisco Carvajal. Por la Revolución actuaban el doctor Francisco Vázquez Gómez, don Francisco Madero, padre y el licenciado José Ma. Pino Suárez.

A fines de abril se concertó un armisticio en la zona del norte de Chihuahua, que terminado sin resultados satisfactorios, fue prorrogando el día 3 de mayo por 3 días más, y como anteriormente no hubo acuerdo satisfactorio alguno.

Los representantes del gobierno insistían en sentar las bases de paz considerando la permanencia del general Díaz en la presidencia, en tanto que los representantes de la Revolución sostenían, como condición intransferible, la renuncia del general Díaz a la presidencia y la de don Ramón Corral a la vicepresidencia.

Rotas las pláticas quedaba el campo abierto para continuar la guerra. Así lo entendió Madero y giró desde luego órdenes a todos los jefes rebeldes disponiendo violentar la acción armada.

Todavía, en los estertores de una agonía sin remedio, el general Díaz, urgido por el avance revolucionario y por la opinión pública, lanzó un manifiesto el día 7 de mayo, expresando que "se retirará del poder, cuando su conciencia le diga que al retirarse no entregará el país a la anarquía".

Los acontecimientos se precipitaban con velocidad incalculable. Apenas conocido el rompimiento de las pláticas pro-paz, y los revolucionarios se aprestaron para atacar Ciudad Juárez. Fue así como el día ocho un destacamento compuesto de cien hombres abrió el fuego sobre las fortificaciones de la plaza, iniciándose una violenta acción.

Todavía, a pesar de los fracasos sufridos, los comisionados del gobierno, intentaron conseguir una prórroga más del armisticio; pero aun cuando Madero estaba en el fondo de acuerdo, no pudo ya contener el ansia de lucha de su gente, y en vista del arrojo de la fracción empeñada en el combate, ordenó generalizar el ataque.

La ciudad había sido cuidadosamente fortificada por el coronel Manuel Tamborrel. Era jefe de la plaza el pundonoroso general Juan J. Navarro, que contaba con una fuerza de 600 hombres.

Fue sangrienta la batalla. Por una y otra parte se hizo derroche de valor, sufriendo numerosas bajas. No cesó el fuego durante los días 8 y 9, hasta el medio día del 10, en que el general Navarro faltó de parque, y convencido de la inutilidad de la resistencia, se rindió.

Quedaron prisioneros el propio general Navarro, un coronel, dos tenientes coroneles, un mayor, diez capitanes, nueve tenientes, dos subtenientes y 480 soldados. El coronel Tamborrel murió en la contienda.

Ciudad Juárez, en poder de Madero, marcó el fin de la era porfirista. La resonancia de este acontecimiento traspasó el interés nacional, para convertirse en noticia de primera categoría en el mundo. Ya no quedaba duda alguna sobre la fuerza efectiva de la Revolución y de su cercano triunfo.

Los mismos científicos, que consideraban inexpugnable la fortaleza moral y bélica del gobierno, cedieron en sus ímpetus y se aprestaron a conseguir la paz a toda costa, abrigando siempre la ilusión de salvar el barco que se hundía.

Procedió Madero de inmediato a darle contextura orgánica al movimiento. Formó un gabinete con los hombres más representativos que lo acompañaban:

Presidencia,	Francisco I. Madero.
Relaciones,	doctor Francisco Vázquez Gómez.
Hacienda,	Gustavo Madero.
Guerra,	Venustiano Carranza.
Gobernación,	licenciado Federico González Garza.
Justicia,	José Ma. Pino Suárez.

El general Díaz, enterado de la realidad que privaba en el país, resolvió poner fin a la situación renunciando. A tal efecto autorizó al licenciado Carvajal para que reanudara las pláticas con los representantes de Madero y hablara claramente de su renuncia.

Todavía Madero no se instalada en debida forma en Ciudad Juárez, cuando las negociaciones se reanudaron, bajo auspicios muy distintos.

Desde luego se convino en la renuncia del general Díaz y de don Ramón Corral; pero los delegados del gobierno no fijaban fecha precisa para ello, no lo aceptaba Madero ya que, si estaba dispuesto a llevar a buen término los tratados de paz, era exclusivamente con el deseo de evitar mayores sacrificios al pueblo.

Como prueba de seguridad en la oferta gobiernista se le ofreció a Madero un puesto en el gabinete, que ocuparía la persona que él designara, y además el nombramiento por él de diez gobernadores.

Como le pareció a Madero que los representantes gobiernistas trataban de ganar tiempo; pues habían pasado cuatro días sin llegar a un acuerdo, el día 17 del mismo mes de mayo envió un telegrama al general Díaz diciéndole que necesitaba saber si la noticia de su renuncia era cierta. La contestación llegó inmediatamente confirmándola como efectiva en el curso del mismo mes.

En efecto los sucesos en México así lo indicaban. El mencionado día 17, en un solemne consejo de ministros, que se efectuó en el domicilio del presidente Díaz, se acordó la renuncia de él y de Corral.

Siguió en Ciudad Juárez el debate sobre los detalles de la situación, supuestas las renunciaciones anunciadas, y por fin el día 21 se firmó el tratado de paz, que contiene los siguientes puntos sustantivos:

1o. Renuncia, antes de fin de mes, de los señores Porfirio Díaz y Ramón Corral.

2o. El licenciado Francisco León de la Barra, secretario de Relaciones Exteriores, se haría cargo del Poder Ejecutivo interinamente y convocaría a elecciones generales dentro de los términos de la Constitución.

3o. El nuevo gobierno estudiaría las condiciones de la opinión pública para satisfacerlas en cada estado, dentro del orden constitucional y acordaría las indemnizaciones de los perjuicios causados directamente por la revolución.

4o. Cesarían desde ese momento las hostilidades entre las fuerzas del gobierno y las de la revolución.

Quedaba, con este tratado de paz, teóricamente terminada la revolución. La realidad era otra. Continuaban en México las intrigas de los aduladores y usufructuantes de la era porfirista, que no se resignaban a dejar los privilegios de que venían disponiendo.

Sugerían, entre otros planes, llamar al general Reyes, que de regreso de Europa, se había detenido en La Habana, Cuba. Querían ignorar que esa forzada escala obedecía a gestiones de Madero, quien veía, con la presencia de Reyes, en momentos tan críticos, posibles trastornos.

Fallida esta argucia sugerían la expedición de leyes que garantizaron la libertad electoral, la renovación de los gobernadores, la no-reelección, y cuanto significaba una justa aspiración del pueblo. Tarde era ya para tales ofertas. La revolución estaba a punto de realizar su programa reivindicador.

Entre tanto ir y venir, sin un sentido de cordura, se pasaron tres días a contar de la fecha de la firma del tratado de Ciudad Juárez. La opinión pública se agitaba en un laberinto de conjeturas. La tensión en el ambiente popular era a cada momento más peligrosa. No había forma de controlar la aspiración del cambio ya acordado.

Así llegó el 24 de mayo; la prensa propaló la noticia de que ese mismo día serían presentadas a la Cámara de Diputados las renunciaciones, y el público, ansioso de presenciar acontecimiento de tan alta importancia, se presentó en gran número invadiendo las tribunas de la Cámara. Para las 3 de la tarde no quedaba espacio alguno libre.

Afuera rugía la multitud. Una valla de soldados detenía a la gente que a toda costa quería entrar. La impaciencia crecía por instantes; los gritos destemplados llenaban el ambiente. Alguien exclamó, ¡abajo Díaz! y pronto se formó un imponente coro con estas palabras. Otro grupo gritaba ¡viva Madero! Miles de personas de todas las clases sociales hacían causa común. La paciencia se había agotado y la tragedia acechaba.

Entre tanto los diputados, actores forzosos en la culminación de una vida política que llegaba a su fin, conteniendo el nerviosismo que los acosaba, trataban de formalizar una sesión, constantemente interrumpida por la campanilla que agitaba el presidente, con el propósito de imponer orden.

El público, desde las galerías, no permitía se leyera un proyecto de ley sobre educación, pidiendo que se diera cuenta con las renunciaciones de Díaz y de Corral. Era tanta la algarabía que no se escuchaba la lectura, ni era posible que los diputados concentraran su atención.

Arreciaba la tormenta. No era oportuno hablar de cuestiones distintas a las renunciaciones.

El diputado licenciado Manuel Calero fue a la tribuna, y haciéndose oír con dificultad, expresó que no podían ocuparse de las renunciaciones porque no habían llegado todavía.

Como bomba se recibió el anuncio. No había forma de contener la indignación de la gente; a los gritos, muera y viva, se mezclaba el estruendo de las butacas hechas pedazos. Los diputados salieron del salón como pudieron, y el público abandonó la Cámara, informando a la multitud aglomerada en la calle lo que había sucedido.

Dentro de un ambiente enardecido se formaron dos columnas: una tomó el rumbo del domicilio del general Díaz, por las calles de la Cadena, sin llegar a su destino porque pelotones de soldados lo impidieron; pero el general Díaz, escuchó los alaridos de un pueblo amotinado que urgía su renuncia.

La otra columna se dirigió a la Plaza de la Constitución, y frente al Palacio Nacional fue recibida con nutrida balacera. No había forma de contestar la agresión. El pueblo no estaba armado; pero descargó su ira lanzando los más duros improperios a los esbirros detentadores del poder.

Quedaron tendidos en la plaza 9 cadáveres y 19 heridos. Precio de sangre para conquistar la dignidad de hombres libres.

Todavía reservaba el destino el sacrificio de nuevas víctimas. Al día siguiente los periódicos dieron cuenta de los acontecimientos con extensos comentarios, y de nueva cuenta surgieron los motines. En la avenida Juárez la policía trató de disolver una manifestación usando de las armas, causando un muerto y tres heridos; pero nada detenía el ímpetu del pueblo. Quería la salida del general Díaz a toda costa, y su acometividad iba en aumento.

Pasado el medio día circuló la versión de que se habían presentado las esperadas renunciaciones. Volvió el pueblo a establecerse frente a la Cámara de Diputados en actitud hostil.

En efecto, en breve sesión de los diputados, se aprobaron las renunciaciones del presidente y del vicepresidente de la república, general Porfirio Díaz y don Ramón Corral. Quedaba cerrado un período de 30 años, durante el cual se había disfrutado de paz; pero en cambio fueron sepultadas la libertad del sufragio, de palabra y de prensa.

Se advierte en la renuncia del general Díaz el tono comedido de quien siente en lo íntimo de su ser, que ha dejado de ocupar el lugar prominente que las circunstancias y merecimientos le habían concedido. No hablaba el caudillo triunfante de la intervención francesa, ni de la revolución de Tuxtepec, hablaba el ídolo caído, que olvidó lo fugitivo y perecedero de las glorias humanas.

Para don Ramón Corral no había otro camino a seguir que el marcado por el general Díaz. Su dimisión así lo expresa: "y siguiendo mi programa de secundar la política del Gral. Díaz, uno mi renuncia a la suya".

Queda así en la historia de México grabada la fecha del 25 de mayo de 1911, como final de una etapa de progreso material, con el estigma de un atraso social enorme; y en contraste, el comienzo de una nueva etapa político-social.

Una vez firmados los tratados de Ciudad Juárez, el enfrentamiento entre revolucionarios y federales cesó, desenvolviéndose los acontecimientos posteriores con rapidez.

El general Díaz, como simple ciudadano salió de la capital por la vía férrea rumbo a Veracruz, en donde se embarcó en el vapor alemán el "Ipiranga" hacia Francia, para no regresar. Con él se iba una etapa histórica de heroísmo y de claudicaciones.

En cambio Madero disponía lo necesario para su viaje a la ciudad de México, el que hizo en un tren especial. Durante el trayecto de Piedras Negras a la capital, las aclamaciones al jefe de la Revolución se sucedían en cada lugar en que el tren se detenía: Saltillo, Torreón, San Pedro de las Colonias, Zacatecas, Aguascalientes, Celaya, San Juan del Río, y México. La llegada fue el 7 de junio por la mañana, del memorable año de 1911.

La recepción que el pueblo hizo a Madero es de aquellas manifestaciones indescriptibles. Sin distinción de clases sociales se puede asegurar que la población, en su totalidad ocupó calles, plazas, balcones y azoteas para aclamarlo.

Inolvidable jornada que habría de transformarse dos años después en el más amargo e injusto cambio popular.

Después de merecido descanso, procedió Madero a recorrer el país en calidad de candidato a la presidencia, llevando como vicepresidente al licenciado José Ma. Pino Suárez, en lugar del doctor Francisco Vázquez Gómez, que había sido nominado para ese puesto en la asamblea del Partido Antirreleccionista, efectuada antes de la Revolución.

Casi por unanimidad de votos resultó electa esta planilla. Tomó posesión de la presidencia don Francisco I. Madero, el 6 de noviembre del tantas veces citado año de 1911. La limpieza con que se habían realizado las elecciones, que significaron un ejemplo a seguir, constituyeron la más cumplida satisfacción para Madero y sus correligionarios, así como la justificación perfecta de la Revolución.

GOBIERNO MADERISTA

No podían ser los augurios más satisfactorios para el gobierno, que en forma tan democrática, iniciaba su gestión.

Madero, imperturbable en su propósito de gobernar para todos los mexicanos sin distinción alguna, ajustaba todos sus actos a los más altos principios impuestos por las leyes, agregando de su parte bondad y buena fe.

Muy pronto surgieron dificultades que procuraba solucionar en la mejor forma posible. Se organizaron, al amparo de la libertad imperante grupos disidentes, que sin una bandera determinada pugnaban por desacreditar al gobierno.

En ayuda de esta tendencia salieron a luz periódicos y revistas, cuya principal misión era la de atacar al régimen.

Todo acuerdo, toda actuación del régimen era motivo de acres censuras por medio de tendenciosos artículos y de grotescas caricaturas.

Así como la gota de agua horada la peña, así la intriga, la calumnia, la mentira, acaban por destruir la reputación más limpia.

Y el fenómeno se operó. Paso a paso la siniestra campaña alentada por la reacción, fue tomando fuerza hasta llegar a los límites en que la opinión pública pierde de vista la realidad.

En esta forma, quienes se consideraron desplazados de las situaciones de privilegio de que disfrutaron, prepararon el ambiente para dar el zarpazo, como la fiera que espera el momento propicio para caer sobre la indefensa víctima y destrozarla.

Tuvo conocimiento Madero del complot que se fraguaba; pero insistía en que el pueblo estaba con él y cualquier intento que se hiciese en su contra fracasaría, como habían fracasado los generales, Félix Díaz, en Veracruz, y Bernardo Reyes, en Nuevo León.

En ambos casos, prisioneros los jefes, Madero les había salvado la vida, a pesar de la presión en contrario de correligionarios de alto nivel.

Llegaba la prueba decisiva. Amigos y familiares de Madero, con antelación al cuartelazo, le advirtieron del peligro. En vísperas del movimiento subversivo, un grupo de diputados de los renovadores, de filiación maderista indiscutible y amigos personales, le notificaron el peligro que corría; pero ni las pruebas que le presentaron, ni los argumentos elocuentes con que le hablaron fueron suficientes para convencerlo. Para él se trataba simplemente de rumores, y que nadie se atrevería a rebelarse en su contra.

No podía Madero creer en la maldad de los hombres, mucho menos que hubiese militares capaces de manchar su honor con una traición. Tenía fe ciega en la bondad humana, y ante esta coraza de inquebrantable seguridad,

se mellaban las armas de sus amigos, considerando que eran simples conjeturas hijas de la amistad que le profesaban.

Esa confianza en sí mismo, producto de la lealtad que le inspiraban los demás, determinó su ruina.

El 9 de febrero de 1913, se insurreccionaron los cadetes de la Escuela de Aspirantes de Tlalpan. Al frente de ellos el general Manuel Mondragón, que a su vez se había sublevado con la corporación de artillería a su mando, marcharon con una columna hacia la penitenciaría, en tanto, que otra columna enfiló en dirección a la prisión de Santiago, con la consigna de liberar al general Bernardo Reyes.

Fue para el general Mondragón fácil conseguir la libertad del general Díaz. En seguida se dirigieron a la Ciudadela tomándola después de un breve combate, gracias a la traición de algunos oficiales encargados de su defensa.

En cuanto a la columna que se dirigió a la prisión de Santiago, con la misma facilidad lograron la libertad del general Reyes. De inmediato, en actitud de combate marcharon hacia el Palacio Nacional.

Al frente de la tropa el general Reyes intimó la rendición a la guardia del Palacio recibiendo como contestación una descarga cerrada de balas. Cayó del caballo muerto. Sin embargo el combate se generalizó, con el sacrificio de numerosos soldados y civiles. Los atacantes se retiraron para incorporarse a los sublevados de la Ciudadela.

Así se inició la Decena Trágica, que culminó con la traición del general Victoriano Huerta, en quien el presidente había confiado la defensa de las instituciones oficiales y con la muerte del propio Madero y del licenciado Pino Suárez.

Terminó en esta forma dramática un ensayo democrático, y con él terminó la vida de un visionario que equivocó el escenario en que debió realizarlo. La historia ha recogido el gesto de ese hombre que vivió para el bien, que no fue comprendido y en cambio se le sacrificó. Su nombre permanecerá vivo en el recuerdo de las generaciones por venir, y su figura, llena de bondad y de nobles sentimientos, perdurará mediante los monumentos que en su honor se levanten a través del territorio que tanto amara.